

CAPÍTULO VII

El pasado de lady Hamilton.

En el ligero y sucinto bosquejo que antes hicimos de Emma Lyonna, aludimos *al extraño pasado de esta mujer*: en efecto, ningún destino fué más extraordinario que el suyo, ninguna existencia fué tan sombría y al mismo tiempo tan deslumbradora como la de lady Hamilton.

Emma no supo nunca positivamente ni su edad ni el lugar de su nacimiento. Lo más lejos que alcanzaban sus recuerdos era la época en que, niña de tres ó cuatro años, vestida con un pobre y desgarrado traje de indiana, caminaba descalza por el áspero sendero de una montaña entre la lluvia y las nieblas de un país septentrional, agarrándose con sus heladas manecitas al vestido de su madre, pobre campesina que algunas veces la tomaba en brazos para que descansara, y otras la obligaba á atravesar los arroyos del camino.

Emma se acordaba de haber tenido hambre y frío en aquel viaje.

También recordaba que, al llegar á las ciudades, su madre se detenía á la puerta de alguna casa de rica apariencia, ó bien ante la tienda de algún panadero, y que allí imploraba con voz suplicante que le diesen alguna moneda, que frecuentemente le rehusaban, ó un pedazo de pan, que casi siempre le concedían.

Cuando cerraba la noche, la madre y la hija iban á pedir hospitalidad á alguna granja extraviada, y allí dormían sobre las baldosas de la cocina ó entre la paja del establo. Las noches que permitían á las pobres viajeras acostarse en el establo, eran noches de regocijo; la niña se calentaba al dulce calor del aliento de los animales, y cuando por la mañana bajaban la arrendataria ó la criada á ordeñar las vacas, le daban, antes de ponerse en camino, una taza de leche tibia y espumosa, regalo que la infeliz apreciaba tanto más cuanto que se hallaba poco acostumbrada á recibirle.

De este modo llegaron madre é hija á la pequeña ciudad de Flint, término de su viaje: allí habían nacido la madre de Emma y su padre John Lyons. Este último había abandonado pocos años antes el condado de Flint para ir al de Chester en busca de trabajo; pero el trabajo fué poco productivo. John Lyons murió joven y pobre, y su viuda volvía á la

tierra natal para pedir un abrigo hospitalario al país que la vió nacer.

Á una distancia de tres ó cuatro años más tarde, Emma veía en sus recuerdos la pendiente de una colina cubierta de césped y de flores, en la cual pastaban un reducido rebaño de carneros pertenecientes á una arrendataria de las inmediaciones, en cuya granja la había colocado su madre en calidad de pastora; el sitio favorito en que Emma reposaba era la margen de una limpida fuente, en cuyo cristal miraba complacida el reflejo de su infantil cabeza coronada de flores silvestres que ella misma entreteja.

De otros años después, al cumplir su segundo lustro, un cambio feliz é inesperado se operó en la familia. Un conde de Halifax, que sin duda en uno de sus caprichos aristocráticos había encontrado bella todavía á la madre de Emma, envió cierta cantidad de dinero que se dividió en dos partes; una se consagró al bienestar de la madre, y la otra á la educación de la hija. Emma recordaba habersido conducida á un colegio de jóvenes señoritas, cuyo uniforme consistía en un sombrero de paja, un vestido azul-celeste y un delantal negro.

Dos años permaneció en aquella pensión: allí aprendió á leer y á escribir, allí estudió los primeros elementos de la música y del dibujo, artes en

las cuales hizo rápidos progresos, gracias á su admirable organización. Una mañana, su madre vino á buscarla. El conde de Halifax había muerto, olvidando en su testamento á las dos mujeres, y Emma, no pudiendo pagar la pensión, tuvo que abandonar el colegio. Necesario fué que la expansionista se decidiese á entrar como niñera en casa de un tal Tomás Hawardén, cuya hija acababa de morir, joven y viuda, dejando tres huérfanos de corta edad.

Paseando una vez á los niños por la orilla del golfo, tuvo un encuentro que decidió su destino. Una célebre cortesana de Londres, llamada miss Arabella, y un pintor de gran talento, su amante de un día, se hallaban en aquellas inmediaciones ocupados, el artista, en hacer el croquis de una aldeana del país de Galles, y miss Arabella en mirar el dibujo.

Los niños que Emma conducía corrieron curiosos hacia el grupo y se empinaron sobre la punta de los pies para ver lo que hacía el pintor. La niñera los siguió; el artista volvió la cabeza y arrojó un grito de asombro al distinguirla. Emma tenía entonces trece años y el pintor no había visto nunca nada más bello.

Entonces la preguntó quién era y en qué se ocupaba. Los rudimentos de educación que Emma

Lyonna había recibido la permitieron responder con cierta alegancia. El artista se informó de cuánto ganaba por cuidar á los niños de M. Hawardén, á lo que ella contestó que diez chelines al mes (48 reales próximamente), habitación, comida y vestido.

— Id á Londres, le dijo el pintor, y yo os daré cinco guineas por cada vez que queráis servirme de modelo para hacer un croquis.

Y la entregó una tarjeta en la cual se hallaban escritas estas palabras : « Edward Rowmney, Cavendish square, núm. 8. » Al mismo tiempo, miss Arabella le ofreció un bolsillo con algunas monedas de oro.

La joven se ruborizó, tomó la tarjeta y la guardó en el pecho ; pero rechazó el bolsillo instintivamente.

Y como insistiese miss Arabella, diciéndole que aquel dinero le serviría para hacer su viaje á Londres :

— Gracias, señora, le dijo Emma ; si voy á Londres, pagaré el viaje con las economías que ya tengo hechas y con las que haga para entonces.

— ¡ Cómo ! ¿ hacéis economías con diez chelines mensuales ? preguntó miss Arabella sonriendo.

— Sí, señora, respondió sencillamente la joven.

Y el diálogo no fué más adelante. Algunos meses después, James Hawardén, célebre cirujano de Londres, é hijo de M. Hawardén, vino á ver á su padre. La belleza de Emma Lyonna le admiró también, como había admirado á Rowmney, y mientras estuvo en Flint dió á la pobre niñera repetidas pruebas de afecto y bondad ; pero no le aconsejó que fuese á Londres.

Al cabo de tres semanas de permanencia en la casa paterna, James partió dejando dos guineas á la niñera en recompensa de los cuidados que prestaba á sus sobrinos.

Emma las tomó sin repugnancia.

La futura lady tenía una amiga llamada Fanny Strong, y ésta un hermano cuyo nombre era Ricardo.

Aunque Fanny se hallaba siempre mejor vestida que lo que parecía permitirle su posición, Emma no había preguntado nunca á su amiga de qué origen procedían sus galas ; sin duda creía que las compraba con las ganancias que su hermano realizaba en su oficio de contrabandista.

Un día en que Emma se había detenido frente á la tienda de un fabricante de espejos, para mirarse en la gran luna que servía de muestra (entonces tenía catorce años), sintió que la tocaban ligeramente en el hombro.

Era su amiga Fanny Strong.

—¿Qué haces ahí? la preguntó, sacándola de su éxtasis.

Emma se puso bermeja y no respondió una palabra. Su silencio y su rubor podían traducirse por estas frases: «Me estaba mirando y me causaba placer encontrarme tan hermosa.»

Pero Fanny Strong no necesitaba respuesta para saber lo que pasaba en el corazón de su amiga.

—¡Ah! le dijo suspirando, si yo fuera tan linda como tú, no se pasaría mucho tiempo sin que abandonara este maldito país.

Y ¿adónde irías? le preguntó Emma.

—Á Londres. Todo el mundo dice que en Londres se hace pronto fortuna con una linda cara. Ve allá y cuando seas millonaria yo te serviré de doncella.

—¿Quieres que vayamos juntas? preguntó Emma Lyonna.

—¡Con mil amores! pero, ¿cómo? No poseo ni seis peniques y no creo que Dick sea mucho más rico.

—Yo tengo cuatro guineas, dijo Emma.

—¿Sí! pues es más de lo que tú, yo y Dick necesitamos! exclamó Fanny.

Y el viaje quedó resuelto.

El lunes siguiente, sin decir nada á nadie, los tres fugitivos tomaron en Chester la diligencia de Londres.

Al llegar á la oficina donde para la diligencia de Chester, Emma dió á Fanny la mitad de los veinte chelines que le quedaban.

Fanny Strong y su hermano tenían las señas de una hostería en la cual solían hospedarse los contrabandistas, hostería que se hallaba situada en la callejuela de Williers, comprendida entre el Támesis y el Strand. Emma dejó que Dick y Fanny buscaran su alojamiento, y subió en un carruaje diciendo al cochero que la condujese al número 8 de Cavendish square.

Pero Edward Rowmney estaba ausente, y en la casa no sabían de un modo cierto ni á dónde había ido ni cuándo volvería; creíase que viajaba por Francia y no le esperaban antes de dos meses.

Emma quedó aturdida. Ni siquiera le había pasado por la imaginación la natural eventualidad de la ausencia de Rowmney.

Un rayo de luz atravesó entonces su cerebro: se acordó de James Hawardén, del célebre y bondadoso cirujano que al abandonar la casa de su padre le había dado dos guineas, que por cierto

habían servido para pagar la mayor parte de los gastos del viaje.

James no le había dado sus señas; pero Emma recordaba que vivía en Leicester square, núm. 4, por haber llevado al correo dos ó tres veces las cartas que James escribía á su mujer.

Volvió á subir al carruaje, hizo que la condujeran á Leicester square, poco distante de Cavendish square, y llamó temblando á la puerta del facultativo.

Esta vez fué más dichosa; el doctor estaba en casa.

Emma se lo refirió todo; el digno James tuvo lástima de ella y la acogió con su acostumbrada bondad, prometiendo colocarla y protegerla. Mientras tanto, le ofreció un cubierto en su mesa y habitación en su misma casa, rogando á mistress Hawardén que la recibiese interinamente en calidad de doncella.

Una mañana, el buen doctor anunció á la joven que le había encontrado una colocación en uno de los principales establecimientos de joyería de Londres. La víspera del día en que Emma debía entrar en la tienda, el bondadoso James quiso obsequiarla llevándola á ver una representación teatral.

Un mundo desconocido apareció á los ojos de

Emma al levantarse el telón del teatro de Drury-Lane. Representábase *Julieta y Romeo*, ese sueño de amor que no tiene rival en ningún idioma conocido. Emma salió del teatro loca, desvanecida, embriagada, y pasó la noche sin dormir ni un solo segundo, tratando de recordar algunos fragmentos de las dos maravillosas escenas del balcón.

Al día siguiente, antes de entrar en la tienda del joyero, preguntó á M. Hawardén dónde podría comprar la pieza que había visto la víspera. M. Hawardén entró en su biblioteca, tomó en ella un Shakspeare completo y se lo regaló á Emma.

No habían pasado tres días sin que la futura lady supiese de memoria el papel de Julieta; su único afán era volver al teatro á embriagarse por segunda vez con ese dulce veneno formado por la mágica mezcla del amor y la poesía, entrar de lleno en ese mundo encantado que no había hecho sino entrever.

Absorta se hallaba en tales pensamientos, cuando se detuvo á la puerta de la tienda un espléndido carruaje. Una mujer saltó á la acera y entró en la joyería con ese paso firme y dominador que indica la riqueza. Emma arrojó un grito de sorpresa; había reconocido en la señora del carruaje á la cortesana de la orilla del golfo.

Por su parte, miss Arabella la reconoció también, pero no se dió por entendida; compró algunas joyas por valor de setecientas ú ochocientas libras esterlinas, é indicó al joyero que se las mandase por la joven recién empleada, señalándole la hora en que la encontraría en casa.

La joven recién empleada era Emma.

Á la hora convenida, el joyero colocó los estuches en un carruaje de alquiler y la envió con ellos á casa de miss Arabella.

La célebre y hermosa cortesana, cuya fortuna se hallaba en todo su apogeo, puesto que en la actualidad era la querida del príncipe regente, niño de diez y siete años, esperaba ya á la joven.

Miss Arabella escuchó de boca de Emma la historia de su viaje; en seguida la preguntó si, mientras volvía Rowmney, quería quedarse en su casa, en la cual hallaría más distracción que en la tienda del joyero. Emma aceptó sin vacilar, informándose de si podría ir al teatro con frecuencia. La cortesana la respondió que su palco estaba á su disposición, aun en las noches en que ella no concurríese.

Acto continuo mandó pagar las alhajas y decir al dueño del establecimiento que Emma se quedaba en su casa. Como miss Arabella era una de las

mejores parroquianas del joyero, éste se guardó muy bien de disgustarla por tan poca cosa.

¿Cómo pudo la cortesana á la moda experimentar el imprudente deseo, el inconcebible capricho de tener á su lado á la hermosa adolescente? Los enemigos de miss Arabella (cuyo número no era escaso, gracias á la elevación de su fortuna) dieron á ese capricho una explicación que la Friné inglesa, convertida en Safo, no se tomó el trabajo de desmentir.

Dos meses permaneció Emma en casa de la hermosa cortesana; durante ese espacio de tiempo, leyó cuantas novelas pudo haber á las manos, y asistió á todos los teatros y á todos los bailes: cuando después de aquellas noches de placer volvía á su cuarto, se ejercitaba en repetir los papeles que había escuchado y en ensayar las pantomimas que había visto, llegando á ser para ella una ocupación continua lo que para los demás no era sino un pasatiempo.

Emma acababa de cumplir quince años y se hallaba en la flor de la juventud y de la belleza; su talle esbelto, ágil y armonioso, plegándose fácilmente á todas las posturas, sobrepujaba por sus naturales ondulaciones á los artificios de las más hábiles bailarinas. En cuanto á su rostro — que á pesar de las vicisitudes de su vida conservó siempre

los immaculados colores de la infancia y las virginales tintas del pudor — empezaba ya á ser tan móvil é impresionable, que parecía un espejo divino destinado á reflejar los sentimientos; en la melancolía era la imagen del dolor; en el gozo, el destello de la felicidad. Hubiérase dicho que el candor del alma se transparentaba bajo la pureza de las facciones; tanto, que al hablar un poeta contemporáneo de su primera falta, vacila en empañar ese celestial espejo: « Su caída no fué en el fango del vicio, dice, sino en el abismo que ante sus pasos abrieron la bondad y la imprudencia. »

La guerra que en aquella época mantenía la Gran Bretaña con las colonias, se hallaba en todo su apogeo, y las levas de marinos se ejercían con el mayor rigor. Ricardo, el hermano de Fanny, fué, á pesar suyo, convertido en marinero. Fanny corrió á pedir auxilio á su amiga, convencida de que, ante su extraordinaria belleza, nadie podría resistir á sus ruegos, y la conjuró á que fuese á ver al almirante John Payne.

Emma sintió que se despertaba en ella su vocación de seductora: aquel día se engalanó con su más elegante vestido y acompañó á su amiga á casa del almirante. La gracia fué concedida; pero en cambio de la libertad de Dick, el almirante puso también sus

condiciones, y Emma pagó esa libertad, sino con su amor, al menos con su reconocimiento.

Transformada en la querida del almirante Payne, Emma Lyonna se lanzó de lleno en el torbellino del lujo, teniendo á su disposición sirvientes, carruajes, caballos y suntuosas habitaciones; pero el brillo de aquella fortuna fué rápido como la luz de un meteoro: la escuadra partió para América, y sus dorados ensueños se desvanecieron como el humo, al desaparecer tras el horizonte el navío de su amante.

Sin embargo, Emma no era mujer capaz de suicidarse como Dido por un infiel Eneas. Sir. Harry Fatherson, rico y gallardo *gentleman*, y uno de los amigos del almirante, ofreció á Emma mantenerla en la posición en que la había conocido. Emma había dado ya el primer paso en el brillante camino del vicio; así es que aceptó la oferta, y por espacio de una estación fué la reina de las cacerías, de las fiestas y de los bailes; pero la estación concluyó y con ella la constancia de su segundo amante. Enviada por un segundo amor, y sin fuerza para retirarse del resbaladizo terreno en que había puesto la planta, fué descendiendo poco á poco á tan espantosa miseria, que llegó un día en que no tuvo más recurso que las aceras de Haymarket, las más fan-

gosas de todas las de Londres para las infelices que mendigan el amor de los transeuntes.

Por fortuna, la infame corredora á la cual se había dirigido para entrar en el comercio de la depravación pública, sorprendida de la distinción y de la modestia de su nueva pensionista, en vez de prostituirla como á sus compañeras, la condujo á casa de un médico célebre, asiduo parroquiano de su lupanar.

Aquél médico era el famoso doctor Graham, especie de charlatán místico y voluptuoso que profesaba ante la juventud de Londres la religión material de la belleza. Bajo las facciones de la Venus púdica, Emma personificó á sus ojos su ambicionada Venus Astarté.

La *Celestina* le hizo pagar caro el tesoro; pero ¿qué importaba? aquel tesoro era para el buen doctor de inestimable precio: acostóla en el lecho de Apolo, cubriéndola con un velo más transparente que la red en que Vulcano tenía cautiva á Venus ante las miradas del Olimpo, y anunció en todos los periódicos de Londres que ¡por fin poseía el único y supremo ejemplar de belleza que hasta entonces le había faltado para el triunfo de sus teorías.

Á semejante llamamiento, hecho á la lujuria y á

la ciencia, todos los adoptos de esa gran religión de amor, cuyo culto se extiende por el mundo entero, acudieron al gabinete del doctor Graham.

El triunfo fué completo: ni la pintura ni la escultura habían producido una obra maestra parecida; Apeles y Fidias quedaron vencidos.

Los pintores y los escultores acudieron en tropel; Rowmney, que estaba ya de regreso en Londres, fué como los demás á ver el *único y supremo ejemplar* y reconoció en la moderna Venus á la joven del condado de Flint. Entonces la pintó bajo todas las formas imaginables, y la figura de Emma se transformó sucesivamente en Ariana, en bacante, en Leda, en Armida; en la biblioteca imperial existe una colección de grabados que representan á la encantadora en todas las voluptuosas actitudes que inventó la sensualidad antigua.

En aquella época fué cuando, atraído por la curiosidad, vió á Emma Lyonna el joven sir Carlos Grenville, descendiente de la ilustre familia de aquel Warwick al cual llamaban el *creador de reyes* y sobrino de sir William Hamiltón; deslumbrado por los atractivos de tan cumplida belleza, Grenville se enamoró apasionadamente de la Venus Astarté del doctor Graham. El joven lord hizo á Emma las más seductoras promesas; pero ella resistió á todas las

seducciones, so pretexto de que el lazo de la gratitud la encadenaba al doctor, y declaró que no abandonaría á su amante sino para seguir á su esposo.

El enamorado sir Carlos empeñó su palabra de caballero de que sería el marido de Emma Lyonna tan pronto como llegase á la mayor edad. Mientras tanto Emma consintió al fin en un rapto.

Verificóse éste en efecto, y los nuevos amantes vivieron como marido y mujer durante algunos años : Emma dió á luz tres niños, los cuales deberían ser legitimados cuando se verificase el matrimonio.

Así las cosas, un cambio de ministerio hizo perder á Grenville el destino oficial que desempeñaba, cuyo sueldo era la principal fuente de sus recursos. Por fortuna, este acontecimiento tuvo lugar á los tres años de relaciones ; en ese período, gracias á los mejores maestros de Londres, Emma había hecho inmensos progresos en la música y en el dibujo, y aprendido el francés y el italiano, además de perfeccionarse en su propia lengua. Sabía recitar los versos como mistress Siddóns y no tenía rival en el arte de la pantomima y de las posiciones.

Á pesar de la pérdida de su destino, Grenville no había podido resolverse á disminuir sus gastos, y para hacer frente á sus necesidades escribió á su tío

pidiéndole dinero. Sir William Hamiltón contestó en un principio generosamente á cada una de esas peticiones ; pero llegó un día en que respondió que, teniendo que pasar á Londres dentro de poco, aprovecharía la coyuntura para *estudiar* los asuntos de su sobrino.

La palabra *estudiar* asustó á los jóvenes amantes, los cuales deseaban y temían al mismo tiempo la llegada de sir William. De pronto, y cuando menos lo esperaban, el tío, que estaba en Londres desde hacia ocho días, se presentó en casa del sobrino.

Sir William había pasado la primera semana después de su regreso en informarse respecto á la vida de Grenville, y como es consiguiente, las personas á quienes se dirigió le dijeron que la causa de sus desórdenes y de su miseria era una prostituta de la cual tenía tres hijos.

Al ver á lord Hamiltón, Emma se retiró á su habitación y dejó á su amante solo con su tío, quien le puso en la alternativa de abandonar inmediatamente á Emma Lyonna ó renunciar á su herencia, única esperanza y único porvenir de sir Carlos.

Sir William se retiró, dando á su sobrino tres días de plazo para que se decidiera á optar por uno de los dos extremos.

Toda la esperanza de los jóvenes quedaba redu-

cida en adelante al poderoso influjo de los atractivos de Emma, los cuales debían obtener de sir William Hamiltón el perdón de su sobrino, haciéndole ver cuán digno era de excusa.

En lugar de presentarse con los atavíos de su nueva condición, Emma volvió á ponerse el traje de su juventud, velando sus encantos con el modesto sombrero de paja y el humilde vestido de estameña; sus lágrimas, sus sonrisas, sus caricias y el juego de su fisonomía harían lo demás.

Introducida cerca de sir William, Emma se arrojó á sus pies hecha una Magdalena; y sea movimiento hábilmente combinado, sea puro efecto de la casualidad, las cintas de su sombrero se desataron y los sueltos rizos de su hermosa cabellera castaña cayeron sobre sus hombros en abundante madeja.

La hechicera estaba inimitable en el transporte de su dolor.

El viejo arqueólogo, que hasta entonces no había estado enamorado sino de los mármoles de Atenas y de las estatuas de la grande Grecia, vió por primera vez la belleza viva, palpitante, y tuvo que convenir, mal de su grado, en que valía mil veces más que la hermosura pálida y fría de las diosas de Fidias y de Praxiteles. Y el amor, ese amor que tan criminal le parecía en su sobrino, entró violenta-

mente en su propio corazón y se apoderó de él sin combate, sin que tratara siquiera de defenderse.

Las deudas del sobrino, el infimo nacimiento de Emma, los escándalos de su vida pasada, la publicidad de sus triunfos, la venalidad de sus caricias, hasta los hijos nacidos de sus relaciones con Grenville, todo lo aceptó sir William á condición de que a irresistible maga recompensase el olvido que el grave diplomático hacía de su propia dignidad.

El éxito había sobrepujado las esperanzas de Emma, cuyo triunfo era más completo de lo que ella misma se había prometido; pero esta vez puso condiciones terminantes: una promesa de casamiento la había unido al sobrino; sólo un matrimonio efectivo podría unirla á sir William, y declaró que no iría á Nápoles sino como esposa reconocida y con el título de lady Hamiltón.

Sir William consintió en todo.

La belleza de Emma produjo en Nápoles su acostumbrado efecto, causando admiración y asombro por doquiera que iba.

En su triple calidad de anticuario y mineralogista distinguido, de embajador de la Gran Bretaña y de hermano de leche y amigo de Jorge III, sir William reunía en su casa la más escogida sociedad de Nápoles, tanto en hombres de ciencia como en polí-

ticos y en artistas. Pocos días bastaron á Emma, cuyo genio era tan profundamente artístico, para ponerse al corriente de la ciencia y de la política y para que sus juicios llegaran á tener fuerza de ley en el ánimo de los que frecuentaban los salones del embajador.

Pero su triunfo debía ir más allá. No bien la presentaron en palacio, cuando María Carolina la proclamó su amiga íntima é hizo de ella su inseparable favorita. La hija de María Teresa, no sólo se presentaba en público acompañada de la prostituta de Haymarket, no sólo recorría, en el mismo carruaje y llevando el mismo vestido, la calle de Toledo y la alameda de Chiaia, sino que después de largas veladas invertidas en reproducir las más voluptuosas é impúdicas posiciones de la antigüedad, mandaba á decir al buen sir William, á quien llenaban de orgullo tan señalados favores, que Emma se quedaba á dormir en palacio, porque no podía separarse de su querida amiga.

De aquí los celos y los odios infinitos que estallaron contra la favorita. Carolina sabía las insolentes murmuraciones que circulaban respecto á aquella maravillosa y repentina intimidad; pero Carolina tenía uno de esos corazones absolutos, una de esas almas enérgicas que afrontan, sin doblegarse, la

calumnia y la maledicencia, y preciso les era á todos los que aspiraban merecer de ella buena acogida, distribuir sus homenajes entre su amante Actón y su favorita Emma Lyonna.

Conocidos son los acontecimientos del 89, 93, 96 y 97, esto es, la toma de la Bastilla y el regreso de Versalles, la muerte de Luis XVI y de María Antonieta, y las victorias de Bonaparte en Italia, victorias que conmovieron todos los tronos y que derrumbaron, al menos momentáneamente, el más antiguo y el más inmutable de todos: el trono pontifical.

Mientras el eco de esos acontecimientos resonaba de un modo terrible en la corte de Nápoles, la reputación de Nelsón, el paladín de las viejas monarquías, iba adquiriendo inmensas proporciones. Su victoria de Abukir volvió la esperanza al corazón de todos los reyes, los cuales habían llevado la mano á la cabeza para sujetar su vacilante corona. María Carolina, mujer ambiciosa y ávida de poder y de riquezas, quería conservar la suya á todo precio; partiendo de este principio, nada tiene, pues, de extraño que tratase de utilizar la fascinación que ejercía en el ánimo de su amiga, ni que en la mañana del día en que salieron al encuentro de Nelsón, convertido en piedra angular del despotismo, dijese

á lady Hamiltón : « Es preciso que ese hombre nos pertenezca, y para que ese hombre sea nuestro, menester es que tú seas de él. »

Tratándose del almirante Horacio Nelsón, ¿podía negar lady Hamiltón á María Carolina lo que respecto al almirante Payne había hecho Emma Lyonna en obsequio de su amiga Fanny Strong?

El espectáculo de aquella corte que le salía al encuentro, de aquel rey, de aquella reina y de aquella magnífica beldad, á quien tan perdidamente adoraba, que iban á rendir homenaje al héroe del Nilo, debió ser para el hijo del pobre pastor de Barnham-Thorpes, para el hombre que, gracias á su valor y á su genio, había sabido alcanzar fama y grandeza, una gloriosa recompensa de sus heridas y de sus horribles mutilaciones.

CAPÍTULO VIII

La fiesta del miedo.

Por el cañonazo disparado á bordo del *Van-Guard*, casi tan mutilado como su comandante, y por el pabellón de la Gran Bretaña que al mismo tiempo empezó á subir á lo alto del tope, hemos visto que Nelsón había reconocido el real cortejo que salía á recibirle.

La galera capitana no había izado ninguna nueva bandera, porque desde su salida del puerto se hallaba completamente empavesada, flotando en sus mástiles los colores de Inglaterra mezclados con los de las Dos Sicilias.

Cuando la distancia que separaba á ambos buques llegó á quedar reducida á algunos centenares de brazas, la música de la galera empezó á tocar el *God save the king*, al cual respondieron los marineros del *Van-Guard*, desde lo alto de las vergas, con tres *hurras* consecutivos, lanzados con esa regularidad que los ingleses emplean en semejante demostración.